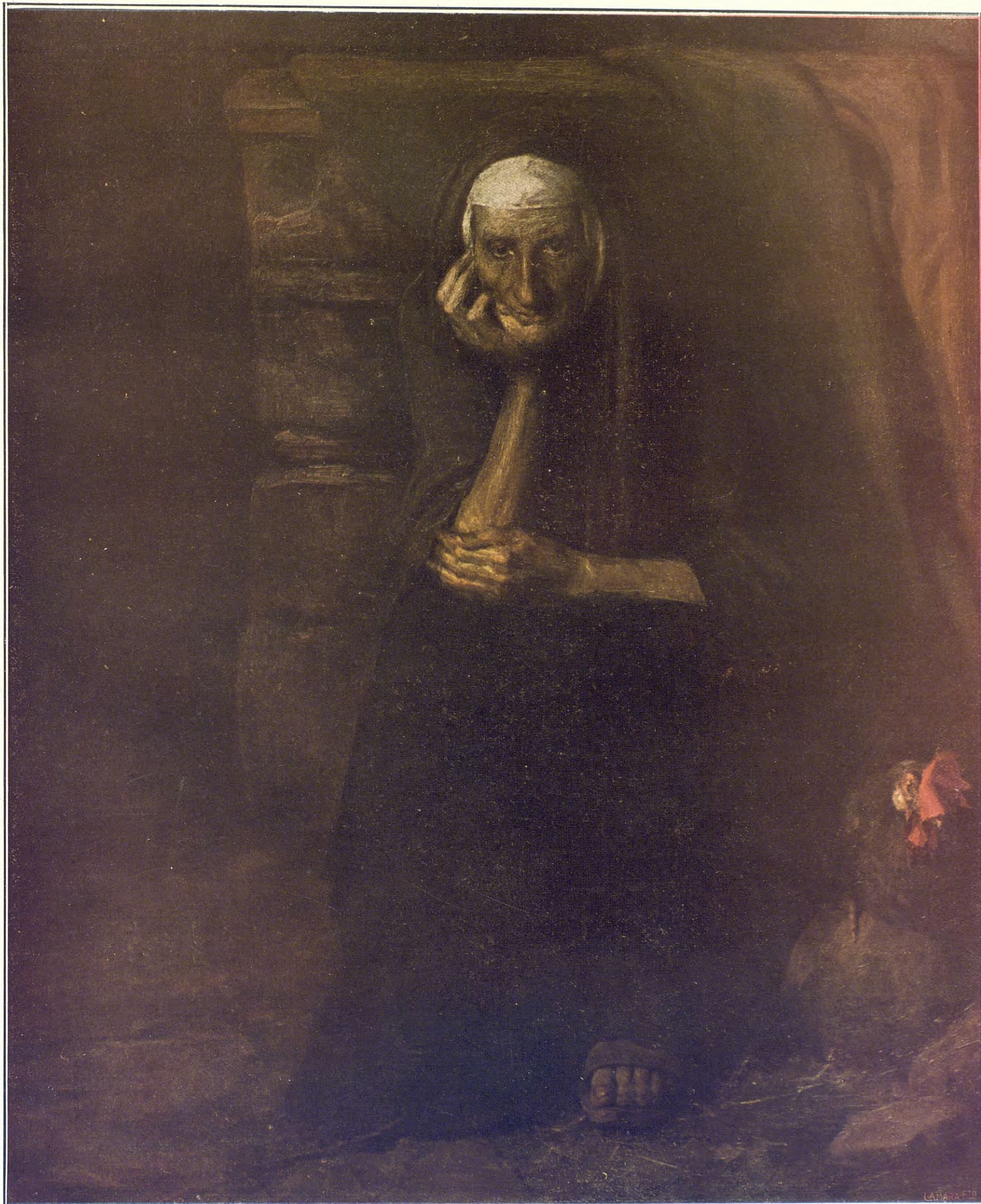


# La Esfera

24 Noviembre 1917

Año IV.—Núm. 204

ILUSTRACION MUNDIAL



LA VIDENTE, cuadro de José Benlliure

DE LA VIDA  
QUE PASA

# No reneguemos de nuestra personalidad

¿Qué adelantaría un alemán que se propusiese imitar el carácter español, ó un español que quisiera competir con los germanos en los trabajos de investigación, de constancia y de paciencia? Lo que consigue el *jándalo* cuando vuelve á su país desde las márgenes del Betis, donde ha pasado algunos años, pero donde no ha nacido, habiendo perdido las más bellas cualidades del montañés, sin adquirir la gracia andaluza.

Español y alemán, tras de ponerse en ridículo, perderían el tiempo y, lo que es más triste, su propia personalidad.

El pueblo que, pretendiendo vencer las influencias del medio, de la raza y de su historia, se propone imitar á otro de medio, de raza y de historia diferentes, sólo consigue perder su natural fisonomía, sin que jamás alcance la del modelo; y mueve á la compasión ó á la hilaridad (como los cursis de aldea cuando se esfuerzan por imitar á los elegantes de la corte, ó como el señorito aristócrata cuando se las da de flamenco) si no perece para siempre á manos del imitado.

Grecia dejó de ser cuando se olvidó de su historia y se entregó á las influencias del poderoso vecino. De ello se lamentaba el gran Byron, poco antes de morir, en aquella tierra clásica que él defendía:

«De lo que queda de la vieja y santa Grecia han hecho los turcos una provincia miserable, porque ellos, en su rudeza, no comprendían cuánto había de delicado en el alma helena.»

«No será más este pueblo porque lo han dislocado, y sus huesos se han roto, y sus músculos han perdido todo vigor. Del pueblo de los dioses han hecho un pueblo de dolientes esclavos.»

Todos los pueblos fuertes hacen lo mismo con sus vecinos débiles, no reconociendo sus excelencias y fomentando sus extravíos. Si los débiles se prestan al sacrificio, negándose á sí mismos y dejándose seducir por el espíritu de imitación, su muerte acelerarán, siendo verdaderos suicidas.

Mas por débiles que sean los pueblos, únicamente pueden desaparecer ó ser absorbidos por los otros, adquiriendo los caracteres éstos (aunque siempre en grado inferior) con la pérdida de los propios, cuando su naturaleza se asemeja á la de la cera. En ésta es fácil obtener la impresión de cualquier cuerpo que se oprima sobre ella. Con los pueblos de recia contextura, por mucha que sea su debilidad, por extremada que sea su decadencia, ocurre lo que con el bronce y el hierro: que no se moldean tan fácilmente; y España es dura, como el bronce y el hierro de su suelo, más dura de lo que los *modernistas* se creen. Los que quieran moldearla de nuevo podrán estropearla, y hasta destruirla, pero no conseguirán que tome ajenas formas.

La Historia, que no se inventa, porque es la fotografía de la vida, nos enseña, con su incontrastable elocuencia, el error en que incurren los que nos excitan á extranjerizarnos. Ella nos demuestra que la decadencia de España data desde que empezó á *européizarse*. Su regeneración comenzará cuando salga de su ofuscación y vuelva á hispanizarse, lo que debe hacer sin demora antes de que vengan los de fuera á descubrirla y á copiarla para redimir á la moderna Humanidad.

Si tardamos en despertar no tardaremos en desaparecer, primero que transformarnos, al mismo tiempo que se hispanizan esos otros pueblos que teníamos por superiores y que ya comienzan á estudiarnos y á imitar lo que hacíamos cuando éramos grandes. En vez de europeizar á España debemos aspirar á hispanizar el mundo, á ser nuevos redentores de los llamados pueblos civilizados, como ayer lo fuimos de los que eran tenidos por bárbaros (1). La empresa es de puro patriotismo, empezando por emprender, todos lo que puedan hacerlo, una activa campaña encaminada á destruir las calumnias que los más ineptos, los más ignorantes y los más viles de los españoles han difundido por las demás naciones, para divulgar después, sobre terreno mejor abonado, el conocimiento de nuestra historia, de nuestra verdadera idiosincrasia, de nuestras costumbres y de nuestras leyes, hasta conseguir que se nos respete y considere en lo que justamente valemos. Pero no hispanicemos pretendiendo imponer nuestra modalidad, sino dando á conocer, como digo, á los demás pueblos

(1) Recuérdense los elogios que han merecido de los primeros estadistas del mundo nuestras sabias leyes de Indias.

(como ya lo vienen haciendo, sin bombo ni platillos, algunos, pero aún muy contados, españoles) nuestra ciencia, nuestra literatura, nuestras artes y nuestras viejas instituciones, con el noble fin de que cada uno aproveche las enseñanzas que puedan convenirle, sin menoscabo de las suyas propias, para que persista entre todos la conveniente variedad.

La igualdad de todos los pueblos, cosa imposible dadas las diferencias geográficas, haría desaparecer la armonía que resulta de su diversidad. Esta diversidad no se refiere á las formas externas, sino á las internas. No se es más español por llevar capa, ni más escocés por usar la falda corta, sino por albergar un alma española ó un alma escocesa. Y así como en una localidad cada familia tiene su nota distintiva, manteniéndose entre todas las naturales relaciones, basadas en sus diversas aptitudes, conviviendo la de los generosos con la de los tacaños, la de los trabajadores con la de los holgazanes, la de los torpes con la de los listos, compensándose las unas con las otras, los pueblos que no reniegan de su carácter, no sólo son más estimados por los otros que aquellos que lo pierden, sino que son muchísimo más útiles al concierto internacional.

Cuando Europa se conmovió al soplo de la Revolución francesa, nuestros políticos fueron los primeros en manejar las piquetas demoleadoras de nuestras antiguas organizaciones gremiales y corporativas.

La sociedad española, como la de las naciones vecinas, quedó pulverizada; los buenos patriotas no pudieron ya contar con los grandes y robustos organismos en que antes se habían apoyado para gobernar, y se retiraron de la vida pública, dejando en manos de las demagogias los destinos del

país. Por esto se da el caso anómalo de que ocupen altos puestos dentro del régimen de que son enemigos, tantos indocumentados sin talento. Pero esto pasará.

¿Ha observado el lector lo que ocurre en todos los movimientos revolucionarios? Las turbas inundan las calles y son llevadas y traídas por los más osados, que son los que más gritan y los que menos piensan, sin que nadie se preocupe de averiguar sus procedencias ni en apreciar sus dotes. Pero cuando se restablece el orden desaparecen de la escena los cabezas de motín, como si se los comiese la tierra, y entonces salen de sus casas los que representan la verdadera opinión pública y el verdadero principio de autoridad para ser ellos los que manden, no por unas horas sino por mucho tiempo, en beneficio de la sociedad.

¿Por qué no confiar en que llegue un día en que éstos vuelvan á encargarse de la dirección de España y España resurja tan grande como fué?

J. CASCALES MUÑOZ



## EL HERMANO OSO

*Entre la imbécil algazara del populacho callejero el oso danza, torpe y grave, al son cansado del pandero.*

*Tiene pelada la cabeza y lacia y sucia la pelambre, y la bamboleante panza llena de hambre.*

*Se rinde á veces al agobio del propio peso, como un histrion envejecido, triste y obeso.*

*Y la mirada de sus ojos, inexpressiva y triste, expresa su gran nostalgia de la vida de antaño, libre y montañesa.*

*Mas, triste esclavo irredimible, por divertir al populacho,*

*con una cómica torpeza se hace el borracho.*


*¡Oso que vas por los caminos, siempre detrás de una cadena!  
¡Oso que tienes de gloriosos sueños de luz el alma llena!*

*¡Oso sarnoso, hermano oso...!  
¡Mientras tú danzas por tu negro pan, también mis sueños de amor y arte danzan!o están!*

*¡Danzando están en un ambiente de incompreensión!  
¡Danzando están entre la gente sin corazón!*

Juan José LLOVET

FOT. DE J. G. DE LA PUENTE

LAS CIUDADES DE LA GUERRA  VENEZIA 



La isla de San Jorge

Los ejércitos austro-alemanes amenazan gravemente á Venecia, la ciudad con justicia llamada la perla del Adriático. El Gobierno italiano, ante la amenaza de la histórica ciudad, ha resuelto su evacuación, para no dar motivo, ni pretexto siquiera, al enemigo para enfilar contra ella sus cañones. Esta determinación merecerá el aplauso de todos los pueblos cultos, y con ella hay derecho á esperar, y aun á exigir, que los invasores de Italia procedan con el respeto que merece una ciudad ungida por la Historia y por el Arte. Las autoridades italianas están retirando de Venecia las joyas más

preciadas de sus tesoros artísticos. Es una medida de previsión que aconsejan las posibles contingencias de la guerra. Pero asomándose al Adriático, mirándose en las aguas azules, quedan sus palacios, sus puentes, los espléndidos alcázares del ensueño y de la emoción. Si los austro-alemanes llegan á hacerse dueños de Venecia, su cultura asegurará el respeto que se debe á uno de los pueblos más interesantes y más bellos del mundo. Hay derecho á pedir, en nombre del Arte, que Venecia no corra la misma suerte desgraciada de otras ciudades belgas y francesas.



El canal grande

LA ESFERA

# CUADROS ESPAÑOLES



VINO NUEVO EN ODRES VIEJOS, cuadro de José Benlliure

LA ESFERA

# ESPAÑA PINTORESCA



RINCÓN ALDEANO EN SIERRA NEVADA

FOT. DE SOLMANN

# LA ETERNA QUIJADA



El instinto de la guerra es naturalísimo en el hombre, por su ansia insaciable de conquistarlo todo. Caín pretendió rebabar para sí el cariño de los primeros padres, y aunque ya

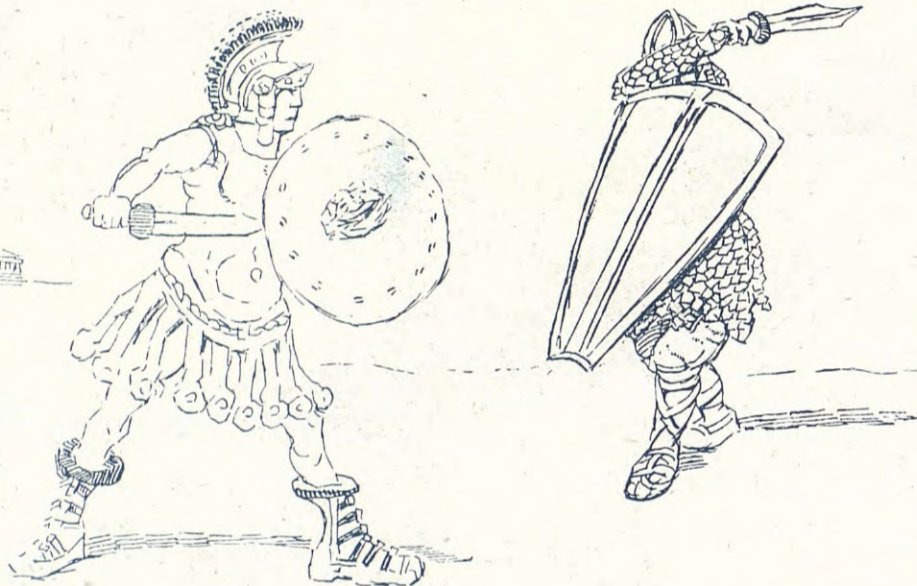
áspid; aunque brotaban ya las plantas ponzoñosas por todas partes, y lucían á discreción los preciosos minerales, cuya virtud consiste en rebañar bien las entrañas; como Caín ignoraba

perfeccionada por vosotros, puede ser principal elemento de destrucción!» Fin delicioso para que el hombre se prepara.

Pero el hombre necesitaba algo decisivo, y encontrando el pedernal más duro que el hierro, y el hierro más resistente que el pedernal, fué adiestrándose poco á poco en el arte de dar la muerte, y puso las flechas en el carcaj del arquero escita, y armó al Efebo con sus dos mortíferas lanzas, y, por último, vino el gladium á reducir la distancia que media entre la mano opresora y el corazón que se destruye, haciendo así más vivo y deleitoso el sin igual placer de arrancar la vida á su prójimo; dulcísimo secreto que hace inmortales á la tradicional navaja española y al tan acreditado puñal corso.

Ahora que, como los hijos de Caín necesitaban, para hacerse ilusiones, ennoblecer sus crímenes, la Humanidad, siempre creadora, pensó en la conveniencia de renovar, como seres privilegiados, á cuantos, frente á frente, y en guisa de guerra, se brindaron, lo mismo á matar que á morir; y como el empeño debía tener alicientes, pues se diputó como cosa semidivina el honor de los demás, el ingenio se fatigó buscando divisas y emblemas, y al amparo de los escudos brotaron los socarrones reyes de armas, que no eran sino los memorialistas de grandeza, en aquella deliciosa infancia de la vanidad en que no había hisopo ni conjuro capaz de detener la furia de aquel D. Suero de Quiñones, que al hombre más templado pudiera convertir en medroso fraile de San Benito.

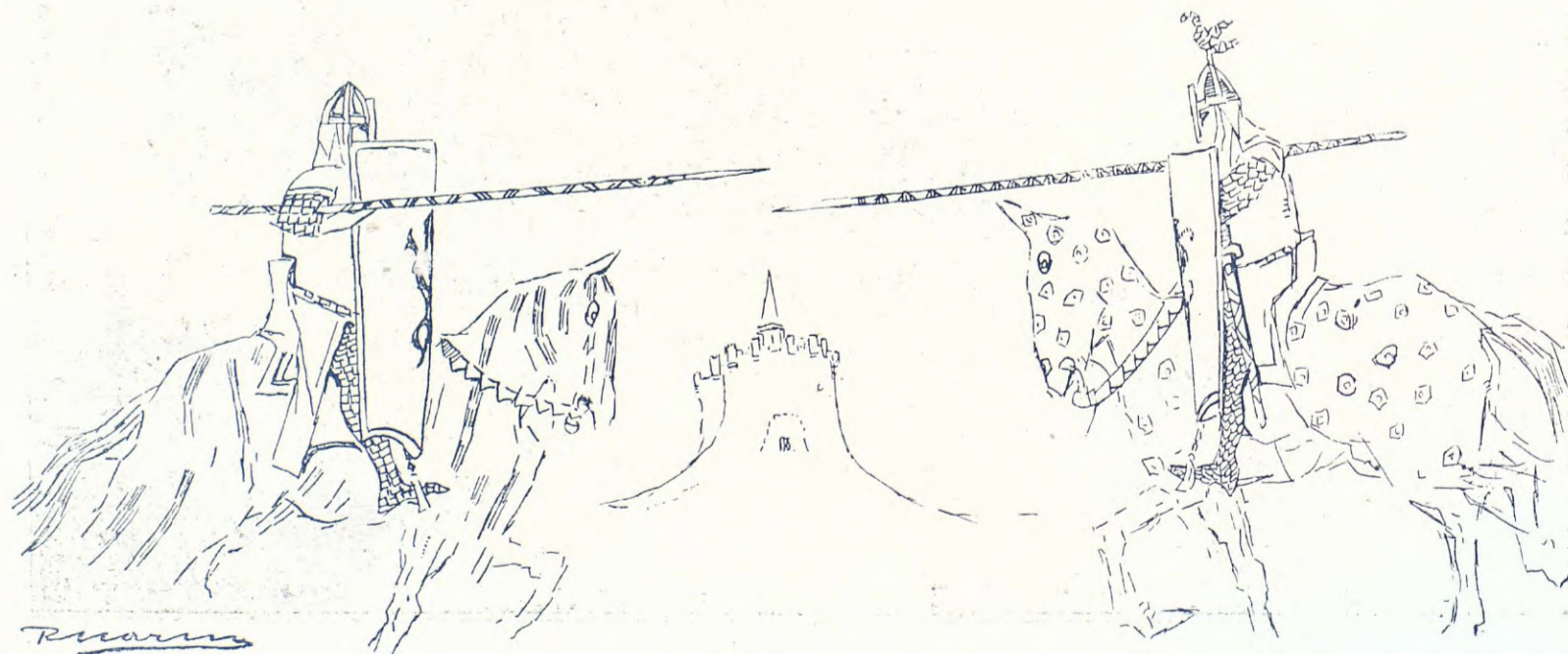
La guerra tuvo su época teatral: aquella que entre tiro y tiro daba lugar á un pintor flamenco á trazar un cuadro, y la otra en que los generales podían lucir sus bellas casacas cuajadas de sardinetas y adornos, y escribir loas y bailar minués en el espacio de dos disparos de cañón



desde los bellos días del mundo, claros espejos donde Dios dejaba reflejarse las tierras más fértiles y los cielos más puros, había víboras y alacranes, y hasta lenguas de hombre, de un veneno mucho más sutil que el de la mujer y el del

esto, echó mano de la quijada de un asno, empleándola como primitiva máquina de guerra.

Quizá al levantarse de consumir su fratricidio, dijera á los hombres: «¡Ahí tenéis, hijos míos, un arma que hoy ni pincha ni corta, pero que un día,

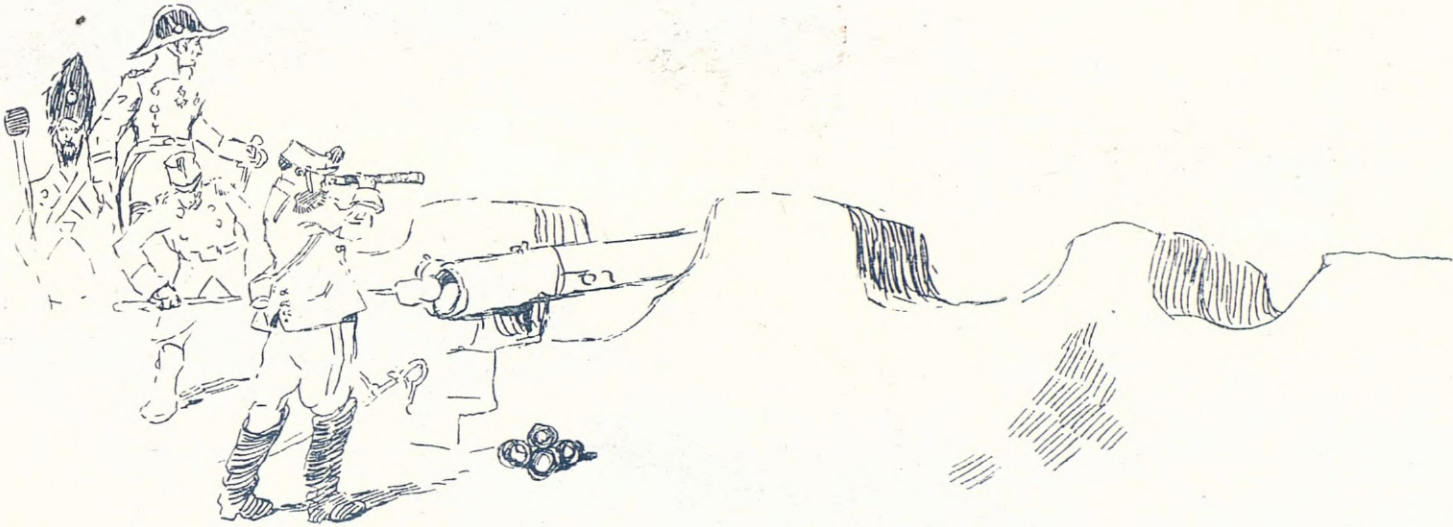




con bala de hierro; pero, hoy, tal volquetazo dió el mundo, que aquéllo apenas se concibe, y, al registrar la Historia, parece que el espíritu no concede á sus hechos más culminantes sino la

toda vanidad, destruyen matemáticamente, sistemáticamente, por cálculos fijos, quizá sin odio, viendo en cada grandeza pretérita sólo un punto de mira para el objetivo de sus cañones. Leván-

efemérides divina. Tal vez la voluntad de Dios abra con la dinamita y la metralla la fosa en que debe desaparecer para siempre la terrible quijada, á fin de que sobre ella vuelvan á brotar las



vaga atención que puede merecer un juego de muñecos.

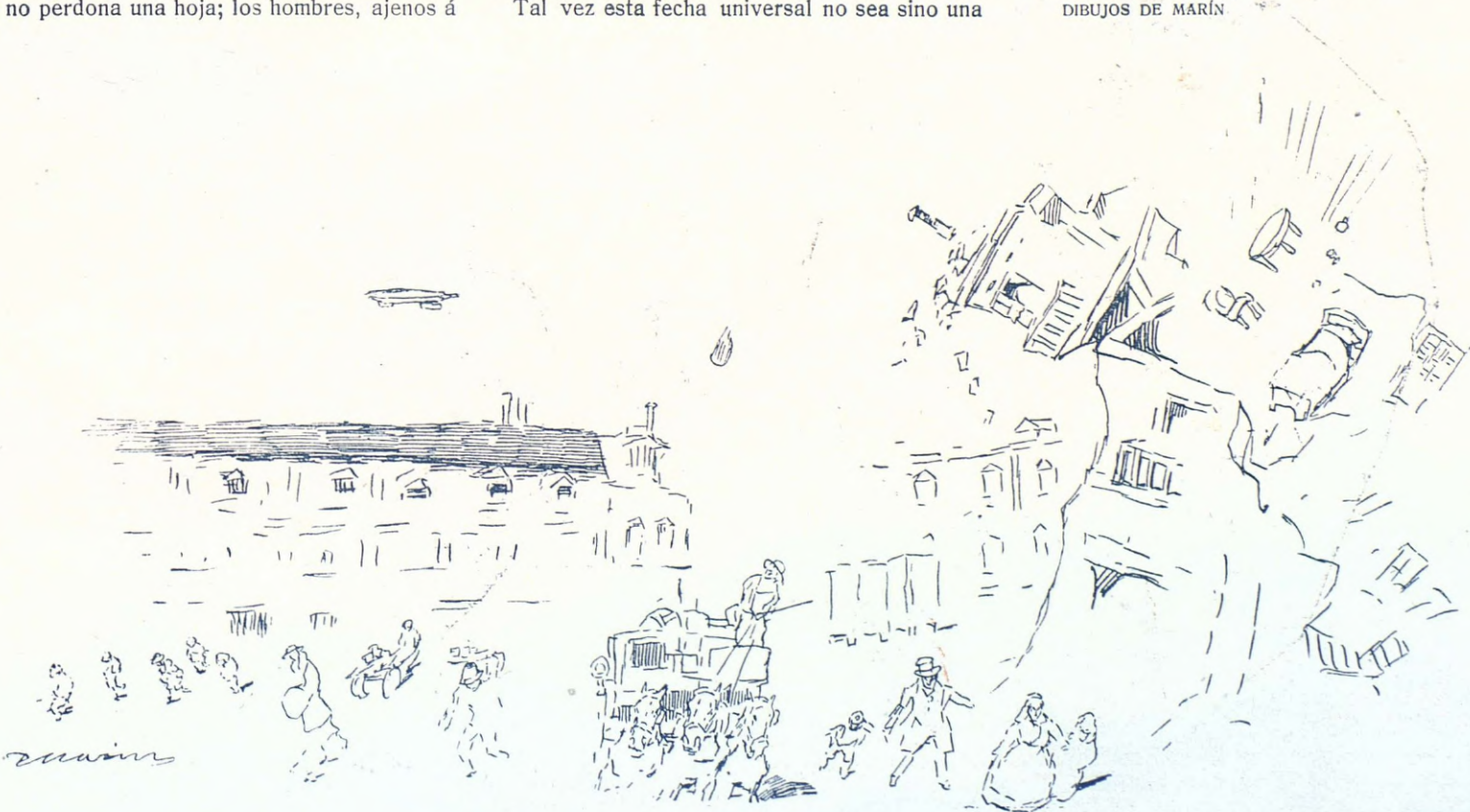
Un terrible estertor agita la tierra; dóblanse los bosques ante el huracán nutrido de hierro, que no perdona una hoja; los hombres, ajenos á

tanse las ciudades de cuajo, y las tierras se rompen con terribles muecas, convirtiéndose en fauces que tragan ó vomitan únicamente estériles escombros...

Tal vez esta fecha universal no sea sino una

florestas del Paraíso, donde se cobije una nueva edad de hombres redimidos. Hombres que se abracen, mientras sobre sus cabezas vuela la blanca paloma de la paz.—L. DE S.

DIBUJOS DE MARÍN



# MUÑECOS DE HOY LA NIÑA "BIEN"

Me preguntas, ingenuo amigo—á quien el título de médico sirvió únicamente para hundirte en un viejo pueblo castellano, donde la vida y las costumbres se adornaron á fines del siglo XVIII y no se han despertado aún—, varias cosas acerca de este Madrid que te imaginas hartó cambiado desde que tú saliste de él.

A todas iré respondiendo, y no me culpes luego si destruyo la dulce visión que conservas de nuestros años estudiantiles, hartó diferentes de los que ahora corren para los futuros legisladores, gobernantes, artistas y literatos, y para las futuras madres de familia.

Empezaré por intentar el retrato de *la niña bien*.

La niña «bien» tiene la misma edad que tenían nuestras novias hace quince ó veinte años: aproximadamente entre la que se llamaba ayer «del pavo»—hoy de «tobillera cínica» ó aficionada al cine—y la del matrimonio.

La niña «bien» luce, gracias á la moda, sus piernas y su garganta más allá de donde se escandalizaría una niña «mal». La niña «bien», en verano, usa *maillot de cocotte* para bañarse, y en invierno frecuenta el cine y los tés vespérales y americanizantes, y en todo tiempo emplea para dormir, en vez de los camisones largos de los antiguos internados, un coquetón pijama de seda.

La niña «bien» baila el *fox trot* y otras danzas americanas que tú ignoras porque no son de nuestra época de Bombilla ó de reunión plácida con valeses y rigodones, pero que puedes imaginarte si te digo que son más ceñidas, más voluptuosas y, desde luego, más plebeyas que las de casa Juan en tarde de modistas ó que los «chotis» castizos de *Panaderos* ó *la Flor*.

La niña «bien» emplea un léxico pintoresco en el que abundan palabras como «¡catastrófico!» «¡Qué burrada!» «No jibes, chico». «No te pon-

gas Bertini». «Fulano es que descoyunta». «¡Qué latazo!» y «¿Tanguemos, titi?»

La niña «bien» ha substituído la institutriz de antes de ayer y la «trotona» de ayer por su mamá, ya que no tiene nada que aprender y la respeta, sobre poco más ó menos, lo mismo que á una acompañanta.

La niña «bien» usa bastón de nudos con correa y puño rojo; se pinta como antes las marquesas viejas y casquivanas; en política es germanófila y maurista; en literatura su cultura se limita al repertorio de la Comedia; en cuestión de toros es partidaria de Joselito, el «niño bien» de la tauromaquia; en arte no pasa de la inauguración oficial, y en amor...

¡Oh! En amor la niña «bien» tiene teorías muy nuevas. Diríase que al adoptar el pijama de seda se masculinizó su espíritu, conforme se afemina

el de los niños «bien» ó titis que mueven las caderas en los tés del Palace y del Ritz.

He aquí, inocentón amigo mío, algunas frases de niñas «bien», que son muy representativas:

—Créeme, chico... Te quiero demasiado para casarme contigo.

.....

—Yo quisiera ser duquesa.

—Y yo aviador.

—Pues yo, nada más que rica. ¿Y tú, Chuchita?

—¿Yo?... Viuda.

.....

—Yo no me explico el matrimonio civil.

—Como que eso es no casarse.

—No, no lo digo por eso. ¡Es que resulta tan bonita la ceremonia en la iglesia!

.....

—¡Ay, chacho! Me gustas más que Bonafé en *El verdugo*.

.....

—¿Te casas por fin con Polito? ¡Mira que es un pelmazo!

—Ya lo sé; pero es para fastidiar á Nini Moncada, que lo tenía ya como para las mulillas...

.....

—Pero, hombre, ¡cuando no se tienen dos pesetas no se es tan simpático como usted!...

.....

Claro es, amigo cándido, que entre el grupo de las niñas «bien» hay unas cuantas que no bailan, ni hablan en camelo del amor, ni se pintan, ni usan pijama; pero éstas son precisamente las *cursis*, las que permanecen sentadas junto á sus madres y á las que parecen olvidar los jóvenes del pantalón de pliegues, americana encogida, corbata puente y cabellera planchada.

Pero, en definitiva, son las que se casan.

José FRANCÉS

DIBUJO DE ECHEA





# Modos de vivir que no dan para vivir



FIGARO nos habló ya de los humildes industriales que podríamos llamar los *reyes del maredí*. El hombre que vende á nuestro amigo de la niñez, al grave *Don Nicanor, tocando el tambor*, estirado y huero como un gerifalte de nuestra politiquilla; la chufera, la que vende majuelas y torraos; la castañera, dentro de su invernizo palacio de cuatro tablas, lanzando su pregón con una voz añosa y ronca que parece que rasga la niebla de las noches glaciales.

¿No os interesan estas vidas humildes? Todos recordamos á la viejecita que tenía su tinglado en la esquina de nuestra calle, cuando éramos niños. Parece que es siempre la misma viejecita, con sus manos de sarmiento, su perfil guarduño y sus arrugas, que son el arado de los años.

Estas viejecitas ganan, á lo sumo, dos reales al día. Y, sin embargo, el oficio persiste. Ya se conocía en los tiempos mozos de Espronceda. Cuentan que los terribles conspiradores de la Peña de los Numantinos hacían gran consumo de castañas asadas que servían, generalmente, más que para regalo del paladar, para apedrear la carroza de aquel aristócrata, tirano de libertades, á quien tanto aborrecía el poeta:

Ese hombre vil, de corazón de cieno,  
á quien llaman el conde de Toreno.

Las castañas han sido, pues, un elemento revolucionario en la época romántica española.

La castañera, vigía en su garita de tablas roídas por tantas lluvias, vió pasar á los galanes de trueno, que iban de conquista ó de camorra, ó á conspirar en los rincones de la botillería de Pombo. Y acaso también, desde la esquina de la Torrecilla y Santa Isabel, vió al poeta llorar toda una noche junto á una reja donde ardían las hachas mortuorias, á cuyo amarillento fulgor yacía, en el esquite negro del postrer viaje, aquella sin par Teresa, cuya espléndida hermosura enterraron de limosna al siguiente día.

Otra de estas viejecitas, desde su miradero, veía pasar á un caballero que se entraba en el número 3 de la calle de Santa Clara. Era un petitmetre muy pulido, con su frac azul, su gran chistera y su colan de color de barquillo. Y tal vez vió el resplandor de un pistoletazo con que se arrancó un tenaz pensamiento de amor aquel tempestuoso paladín del romanticismo, gloria de las letras, que se llamaba Mariano José de Larra.

Estas viejecitas son iguales. Dijérase que es la misma viejecita que mira pasar la vida y los hombres y las cosas. Es un sér un poco misterioso, tal vez una jina, ese personaje extraordinario de que nos habla el mago Roso de Luna.

Ella nos podría contar la historia callejera del siglo XIX. Ha visto las barricadas y las ejecuciones. La viejecita de la plaza de la Cebada nos podría contar cómo murió aquel don Rafael de Riego por un ideal de liberalismo que aún sigue pareciendo cosa nefanda, después de ciento cinco años. Ella vió la noche de San Daniel, como ha visto la última huelga sangrienta. Nos podría contar cómo arrastraron al policía estanquero de Antón Martín las turbas, irritadas por su arbitraria crueldad. Ella lo sabe todo; porque ¿no es verdad que parece la misma vieja, espectadora misteriosa de la vida desde su tabanque? Porque yo no creo en la realidad de su pequeña industria, ni que haya gente que ingiera esos rombos de madera. El castaño secular es sólo un elemento literario para los estilistas gallegos.

E. CARRÈRE

DIBUJO DE MARÍN

CUENTOS DE "LA ESFERA"

# LA DAMA DE LA CRUZ ROJA

**B**AH... Esas son las eternas preocupaciones de las mujeres de tu clase.

Sin poder contenerse por más tiempo, Laura protestó resueltamente:

—¿Qué entiendes tú por las mujeres de mi clase?... ¿A qué clase te refieres?...

—A la clase social que da mayor cantidad de esposas.

—No sé que haya una clase con tal privilegio.

—Sin duda alguna. La grande y pequeña burguesía dan un porcentaje mayor al matrimonio que otras clases sociales.

—El pueblo, por ejemplo.

—Y la aristocracia...

—No veo yo que los duques, ni los marqueses...

—No me refiero á esa aristocracia. Hablo de la artística.

—¡Ah! Ya saltó la aristocracia del espíritu.

—Que es la única que yo acepto.

—Claro... ¡Como la otra no está al alcance de una improvisación!...

—¡Laura!

—¡Fernando!

Hacia tres años que la bendición episcopal—el propio obispo bendijo la ceremonia—uniera aquella pareja juvenil, sana, optimista y linajuda.

Tratábase de un matrimonio normal, entre una de esas tantas Lauritas y esos Fernanditos que abundan sobre el esferoide de la Tierra. Ella, era hija de un funcionario de cuatro mil pesetas y sobrina nieta de un título aragonés. El, era escultor *amateur*, y disfrutaba de una protección económica de su padrino. Además, tenía mucha familia acomodada, y picando un día de aquí y otro de allí...

¿Por qué reñían tan á menudo?

Todos los días reñían; unas veces en serio; otras por no perder la costumbre; pero reñían... Y, lo que era muy particular: las vecinas de la casa también reñían, comentando la mayor ó menor justificación de las riñas matrimoniales de los de Toledo.

Cuando él la conoció, Laura estaba más bonita que una estampa. Fué un veraneo de pueblo, con una mezcla de gazpacho y música de Wagner. Ella tocaba el piano; dos meses y medio de verse constantemente, la persistencia, el hábito de verse... el deseo de rendir el uno al otro... Cuando volvieron á Madrid se conocieron las familias, se complicó el asunto... ¡Era ya un cargo de conciencia abandonarlas!

Y estando de acuerdo en que ambos eran dos bonísimas personas, convinieron en que era evidente é indiscutible su divorcio espiritual.

—Tú, Fernando, encuentras fuera de casa lo que yo aquí dentro no puedo ofrecerte. Para ello me falta hipocresía y, quizá, un poquitín de refinamiento ó de vicio...

—¡Qué estás diciendo!

—Sí; en la calle está á muy bajo precio el placer fácil y extraño.

—Que es lo que debe ser el placer...

Laura se echa á llorar. Fernando da un portazo y se marcha al café.

Pero como también se

aburre, encamínase al estudio. Este estudio, que Laura cree semillero de aventuras galantes, resulta que, efectivamente, es un estudio de escultor malo, pero estudio al fin.

Fernando comienza á moldear un busto de Laura. Trabaja desganadamente, y monologa:

—La verdad es que esto de casarse es una majadería; hoy por hoy no puede uno esclavizarse á ciegas para toda la vida... Pero como Laura es tan buena... porque la verdad... tiene su genio, pero nadie es perfecto... Y yo la quiero y ella me quiere; pero, francamente, esto de reñir todos los días... Hay que poner remedio á estas escenas, y para ello sólo hace falta energía.

Y volvió á su casa. Para ensayar energías puso el bastón en la mesa de comedor y el sombrero en la lámpara. Dió un portazo y tosió apocalípticamente.

El silencio más absoluto:

—Pero, ¿acaso no hay nadie en esta casa?

Era la hora de cenar y no estaba puesta la mesa.

—¡Eh! Laura.

Nadie contestaba. La doméstica tampoco salía. Fernando recorrió la casa.

¡Nadie!

Sobre la mesa de despacho había una carta. Decía:

«Fernando: Para que seamos respectivamente más felices, he resuelto abandonar la casa con-

yugal, y huír lejos, muy lejos, donde, por más que hagas, no podrás saber nada de mí. Adiós para siempre.—Laura.»

Releyó. No salía de su asombro. ¿Cómo pudo haber sido eso? ¡Abandonarle así, como pasa en las novelucas de la «Colección Diamante». ¡Oh, eso necesitaba un duro escarmiento, un escarmiento hasta la quinta generación! Por otra parte, era inaudito que hasta la criada... ¡Sin embargo, después de todo, lo habría hecho para evitar á Fernando un testigo molesto!

El pobre marido abandonado no tuvo mas remedio que ir á casa de su opulento padrino. Allí solía comerse bien.

Pero, antes, guardando un último tributo sentimental á la ausente y obedeciendo á ciertos residuos atávicos de meridionalismo, el de Toledo no dió un paseo por las habitaciones vacías. Besó el hoyo helado de su cama, y fué al armario á ver si se había llevado las alhajas.

¡Estaban allí!

¿Qué hacer con ellas?

Sobre todas esas complicaciones tendría que pronunciarse pronta y concretamente.

Pero antes había que ir á cenar.

¿Lo diría? ¿No lo diría? Varias veces estuvo á punto de contarle todo al padrino. Pero no se atrevió.

Aquella noche durmió en el estudio. Al otro día constituyóse en la Dirección general de Policía.

Tuvo que guardar larga antesala entre gentes que pasaban sin cesar delante de sus ojos.

Su resolución estaba tomada. ¡Qué caramba!

El jefe de Seguridad le recibió misteriosamente.

—¿En qué puedo servir al caballero?

Por toda respuesta, Fernando tendió la carta última de su mujer.

El funcionario, sin inmutarse, le indicó un asiento á su mesa de despacho.

—Firme usted y déme el nombre de su... esposa... necesito esos datos.

Una vez que Fernando hubo terminado, el jefe de Policía tomó la palabra:

—Como es natural... lo que usted quiere es que mis agentes se pongan en su busca.

Fernando sonrió:

—¡Ca, no, señor!

—Entonces...

—Lo que yo quiero, señor director de Policía, es que usted tome nota de lo ocurrido, á fin de poner á salvo mi reputación contra lo que las gentes mal pensadas pudieran decir luego respecto á la súbita desaparición de Laura de Toledo.

—La familia de la señora, ¿sabe algo?

—Sin duda, Laura también la habrá escrito.

—¿De modo que nada pide usted en contra de la fugitiva?

—Nada, señor.

—Tanto gusto.

Etcétera.

Fernando salió raudamente del despacho.

En la puerta de la sucursal del Monte de Piedad, en la Carrera de San Jerónimo, se detuvo unos instantes.

No estaba aún muy decidido.



MANUEL C.  
—ESPI—

(CAMARA FLO)

—¡Esto de empeñar sus alhajas!

No era el caso tampoco de enviárselas á Laura en paquete postal.

Dieron por el lote 16.843 pesetas. Cuando se guardó el dinero tuvo un pensamiento optimista:

—Después de todo, sólo están empeñadas... si ella protestase algún día... con remitirle la papeleta...

ooo

Con aquella suma, un voluminoso sablazo al padrino y la almoneda del nidito conyugal, reunió 31.616,13 pesetas en confortable capicúa, y embarcó para Guatemala, país civilizado, uno de los más civilizados del mundo.

Allí entabló Fernando de Toledano la demanda de divorcio.

La prófuga fué declarada en rebeldía, y se falló el caso conforme las pretensiones del querrelante.

Ya estaba satisfecho. Era libre nuevamente, con la fuerza del corazón y de la ley.

Y Laura, ¿qué sería de Laura? ¿Acaso obedeciera la fuga á un viaje amoroso con otro Fernandito cualquiera? No. Laura era capaz de pasarse la vida regañando, pero jamás se entregaría á un amante... No. De eso estaba seguro Fernando.

Adormido por esta seguridad sentimental, montó un lujoso estudio por el que desfilara mucho de la mejor sociedad guatemalteca.

Estrada Cabrera le encargó un *ecuestre*, y á los seis meses, una mulata amojamada y millonaria, de Lérida de Yucatán, le habló de una boda.

Fernando pidió tiempo para pensarlo.

Al mes exacto se casó con su mulata, y entró al día siguiente en posesión de 100.000 pesos de plata mejicanos, de esos de á 6 pesetas cada uno. Eso fué lo convenido para verificarse la boda.

ooo

Cierto día leyó en un periódico madrileño:

«Ha llegado del frente de batalla la señora doña Laura de Toledano, donde ha estado prestando sus servicios como hermana enfermera de la Cruz Roja. La abnegadísima dama española viene al lado de los suyos para curarse una herida de sangre que recibiera al explotar un *shrapnell* sobre el hospital militar. Debido á su heroico comportamiento, el Gobierno francés la ha condecorado con la roseta de la Legión de Honor.»

Fernando cogió en el acto la pluma y puso á su mulata una carta concebida en los siguientes términos:

«Amiga mía: Para que seamos respectivamente más felices, he resuelto abandonar la casa conyugal, y huir lejos, muy lejos, donde, por más que hagas, no podrás saber nada de mí. Adiós para siempre.—*Fernando.*»

Y con las 600.000 pesetas en billetes del Banco de Inglaterra llegó á Madrid.

Lo primero que hizo fué desempeñar las alhajas y encaminarse á casa de los padres de Laura.

ooo

Cuando el coche—un soberbio *landeau* de lujo se detuvo á la puerta, la criada, Blasa, volvía de la compra.

—¡Señorito!

—¡Blasa! ¿Cómo sigue Laura?

—Ya está buena, señorito... Pero si hubiese visto usted lo malita que se puso...

—¿Con mi ausencia?



MANUEL C. ESPI

—Sencillamente por... curiosidad; es tan raro ver á una persona que nos fué íntima después de larga ausencia.

—Bueno... ¿vienes ó no?

—Dime dónde quieres que vaya á buscarte.

—¿Acaso no vas á venir conmigo?

—De ninguna manera. Yo soy una señora seria y heroica y no puedo lucirme en coche con un hombre.

—Es que yo no soy sólo un hombre, sino tu marido.

—Ja... ja... *Fuiste* mi marido; ahora no eres sino un don Juan particular. Sé breve: ¿dónde y á qué hora?

—Ventas del Espíritu Santo, *restaurant* de los Andaluces, á las nueve de la noche. ¿Trás?

—Iré.

Fugaz apretón de manos. Laura huyó en el crepúsculo, calle abajo, taconeante y gentil, como una novita asustada.

Fernando la vió alejarse, y chasqueó glotonamente la lengua, remascándose una guía de su mostacho borron.

Rumió:

—¡Caramba, qué guapa está!

ooo

Aquella frase de «ahora no eres sino un don Juan particular», quedó gusaneándole el alma. ¿Qué alcance podría tener?

Pronto lo sabría.

En un merendero de las Ventas, á la hora fijada, reuniéronse puntualmente.

Ella presentóse enfundada en un fastuoso gabán masculino, de esos gabanes que parece que sólo hay uno en el mundo.

Fernando abalanzóse con los brazos tendidos en una amorosa imploración. Laura previno el golpe, y, abriendo las alas de su abrigo, mostró el uniforme de la Cruz Roja, en cuya pe-

chera blanca ardía el lacito rojo de la Legión de Honor.

—No me toques, Fernando.

—Pero ¿qué significa esa actitud?

—Que ya no sólo he dejado de pertenecerte, sino que me debo por completo á mis semejantes.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Pues para decírtelo.

—Con dos letras que me hubieses escrito...

—Yo no puedo escribirte.

—¿Que no puedes escribirme?

—Una carta compromete siempre.

Fernando se echó á reír, aunque bien es verdad que su risa fué una mueca.

—¿Y no te comprometes viniendo aquí?

—He cuidado de que nadie me vea.

—¿Acaso alguien tiene derecho á fiscalizarte?

—Sí.

—¿Quién?

—Mis semejantes.

—¡Bah!, eso es de una ridícula quijotería...

Y en esta postura ideológica, de un desconcertante colorido moral, pasaron muy intensas y frenéticas veladas.

Fernando la veía de tarde en tarde, á hurtadillas del mundo, en un rincón cualquiera del Madrid galante.

Y su afecto matizóse de misterio y de imprevisto. Y su vida vibró más briosamente, poblándose como de un espolvoreamiento glorioso.

¡Era su opaca vida que no pudo hallar finalidad sentimental dentro de las mallas entretejidas por las leyes de los hombres urbanos, y que luego encontró su cauce en el laberinto innumerable de lo prohibido!

M. A. BEDOYA

DIBUJOS DE ESPI

—¿Pero no supo usted que la dieron un tiro?

—¡Ah!, ¿pero fué por el tiro?

—Pues claro... á ver... y menuda cicatriz le ha quedado.

Breve silencio.

—Oye—dijo Fernando—, sube pronto, y dile que la espero aquí á la vuelta, en la plaza. De prisa.

—En seguida—respondió la doméstica, dando vueltas entre sus manos fregatrices á un reluciente centén cubano con que Fernando la había apropiado.

ooo

—¡Eh!, aquí estoy—dijo Fernando á su mujer, que se pasaba de largo.

—Pero, chico... ¿Cómo iba á imaginarme!...

—¿Que te encontrara tan pronto?...

—No; que estabas metido en este coche de lujo.

—¡Ah!, ¿tu sorpresa se reduce á eso?...

—¿Ya vamos á regañar?... Abrevia: ¿qué es lo que quieres?

Fernando, por decir algo, respondió:

—Que vengas á almorzar conmigo.

—Vamos.

—¿Te parece bien Tournier?

—Como si quieres la Cuisine d'or. Me da lo mismo.

—¿Y eso?

—Porque no voy á probar bocado.

—¿Has comido ya, tal vez?

—Es que no me parece lícito aceptar una comida de persona extraña.

—¿Pero acaso?...

—Tú no eres ya nada mío.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Si te parece mal me marcho...

—Hay que ser serios; ¿por qué has venido?

# LA GUERRA EN LAS CUMBRES



Un amanecer en las cumbres nevadas de los Alpes cárnicos: grandioso espectáculo de la Naturaleza, contemplado desde aquellos altos picachos



Una patrulla de oficiales en una cumbre de 3.400 metros de altura, en una zona de fortificaciones de la frontera austriaca

La guerra, el más cruel azote de la Humanidad, porque lleva siempre como cortejo todas las calamidades conocidas, adquiere en las alturas de las montañas caracteres extraños, gigantes, apocalípticos. ¿Quién no recuerda los espantables relatos de las batallas libradas en los Cárpatos entre las tropas austriacas y los soldados rusos, que mandaba el Gran Duque Nicolás? Aquellos terribles encuentros de hombres separados por el odio cuyos orígenes no se explicaban del todo bien, tuvieron fin cuando Mackensen, el caudillo de las violentas acometidas, empujó a

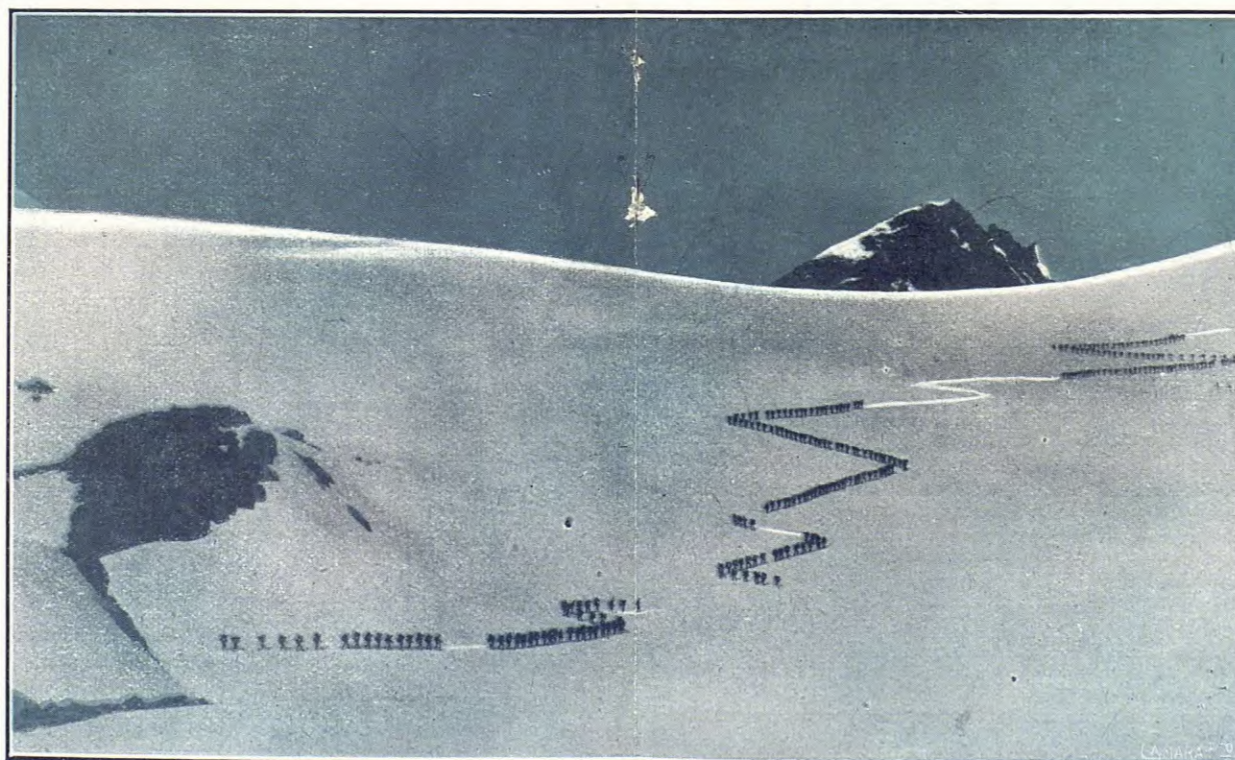
los moscovitas hacia las llanuras del Danajec, al alborar de la primavera. Pero, antes, ¿cuántos episodios de frío y de sangre, en alturas que parecían inaccesibles, al borde de cortaduras insostenibles, bajo terribles tempestades de lluvia y de nieve, mientras los lobos lejanos aullaban siniestramente...! Como en los Cárpatos, también la guerra ha desplegado sus destructoras energías en las imponentes alturas de la frontera italo-austriaca, allí donde las nieves son eternas, donde los hielos se cuajan como enormes cristales, a cuya superficie arranca el sol brillantes

destellos de piedras preciosas. Sobre las cumbres alpinas, los soldados de Italia han escrito, durante dos años, muchas páginas de heroísmo, combatiendo sobre negros abismos con otros soldados como ellos, fieles a una patria y a una bandera. Otras veces, cuando la paz era reina de Europa, los soldados de hoy pisaron las mismas cumbres, silenciosas y solitarias, para admirar desde ellas maravillosos espectáculos de la Naturaleza, asombrosos fenómenos de las sombras o de la luz. Después, cuando estalló la guerra, el mismo pintoresco escenario ha sido campo de

desolación y de muerte, regado todos los días con sangre joven y generosa. De las mismas alturas ha bajado ahora la avalancha enemiga que se desborda sobre el llano como un torrente de fuego, en inundación destructora de aldeas, huertas y heredades. Los bellos montes donde la luna es más blanca, el sol más dorado y el aire más puro, arrojan sobre los valles del Veneto las huestes invasoras del suelo sagrado, de un suelo ungido por la Historia, por la belleza y por el arte, del que es orgullo la hermosa ciudad de los canales.



Curioso espejismo originado por el paso de una sección de Infantería italiana junto a un lago



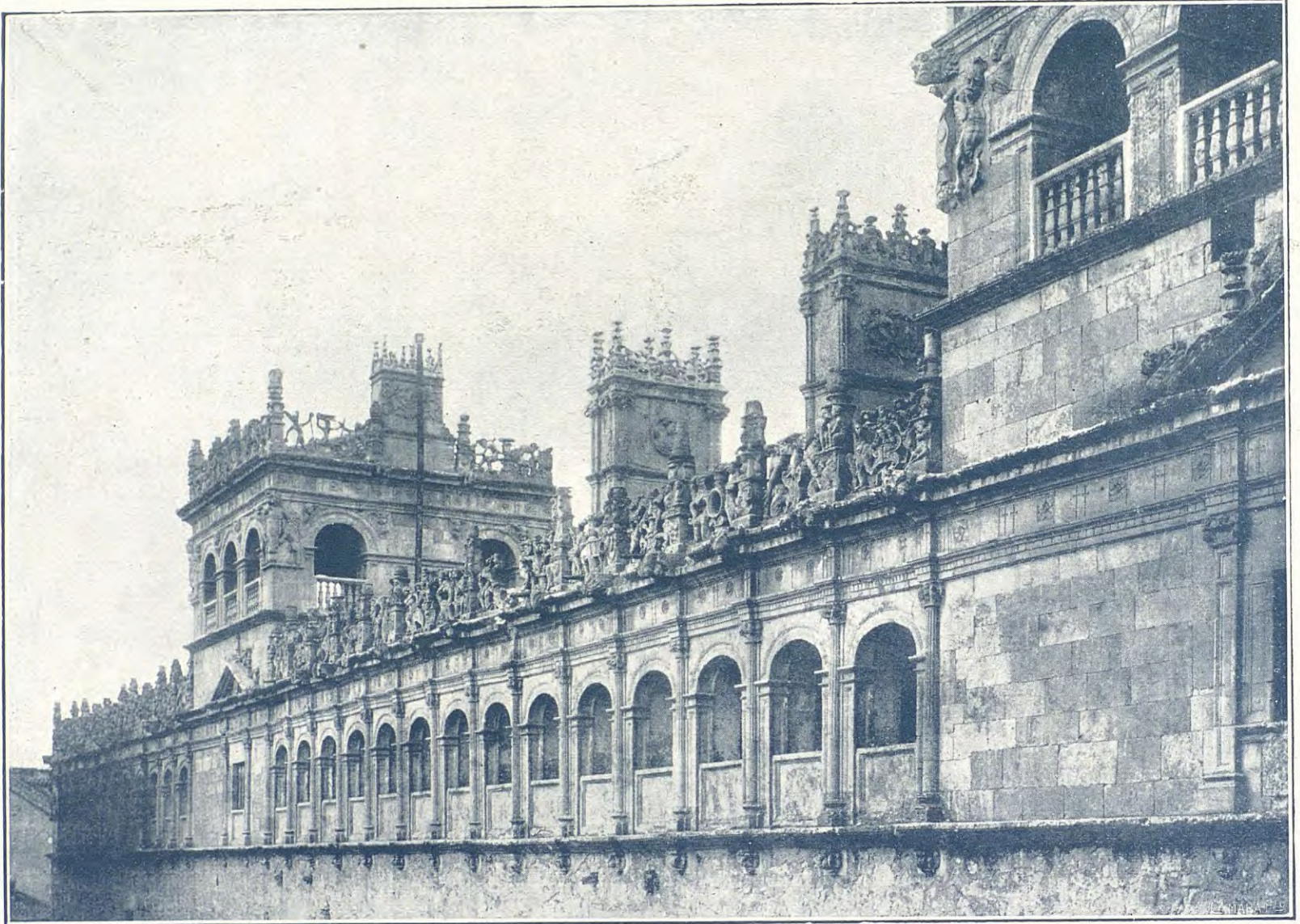
Tropas italianas desfilando por una meseta nevada de los Alpes cárnicos



Fuerzas italianas atravesando un desfiladero en los Alpes cárnicos

(Fots. Brunner-Wegmann)

JOYAS SALMANTINAS  
DE LA VIDA ESPAÑOLA EN SALAMANCA



Galería del palacio de Monterrey

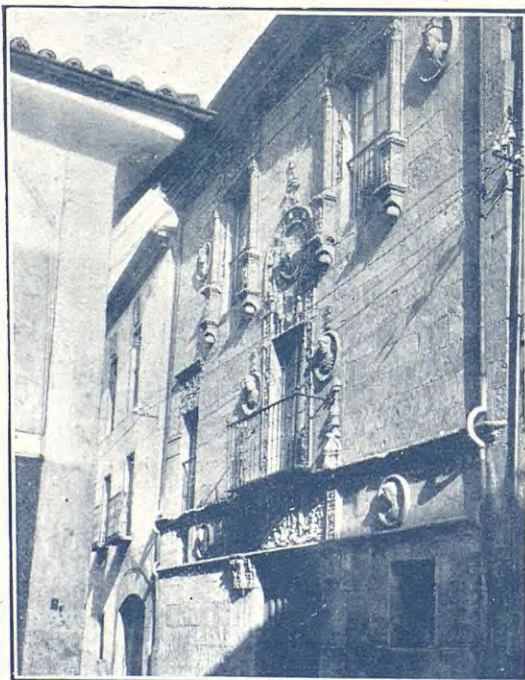
PROCEDEN del siglo xv muchas de las antiguas casas de Salamanca. Los artifices que las labraron imprimieron todavía en cada piedra de sus muros los signos *masónicos* que designan allí, según podemos razonar, la colocación de los materiales, ofreciéndonos con atavios de misterio. Son fuertes y orgullosas estas casas, de la época sangrienta de los Bandos. En la *del Aguililla* ó *de la Cadena*, se hospedó Don Juan I, y dejó pendiente de su puerta el símbolo, por el que hoy se la da el segundo nombre, designador del derecho de asilo. Muestran todas las casas restos de los altos torreones que ampararon sus lados: la casa de los *Tejadas*, la de los *Montellanos*, el *Palacio de las Cuatro Torres*. Don Francisco de Sotomayor, clavero de la Orden de Alcántara, edificó en aquel tiempo la torre conocida como *del Clavero*, y á la que aún el vulgo llama, con vocablo de rancia estirpe, *del Clavel*.

Las casas de los *Rodríguez del Manzano* y de *Doña María la Brava*, próximas entre sí, nos hablan de aquella vida de los Bandos, recordándonos la terrible historia de doña María de Monroy, que venga la muerte de sus hijos, causada por los Manzanos, persiguiendo con sus criados á éstos por tierras de Portugal, hasta que pudo traer á Salamanca las cabezas de los matadores, ponerlas en la iglesia de Santo Tomé, «sobre las sepulturas de sus hijos, y de ahí—dice friamente una relación contemporánea del suceso—se vino á su casa». Pero también las treguas con que interrumpían los caballeros su continuo luchar tienen en Salamanca su monumento, y como tal, designa la tradición á la casa llamada *de la Concordia*.

ooo

Con muchos rasgos todavía de esa otra vieja edad, podemos ver una multitud de casas que responden, sin embargo, á un nuevo modo de

vida. Los aristones góticos, formando arábigo *alfid*, encuadran en algunas de ellas, puertas y ventanas, para ser poco á poco substituídos tales adornos por columnillas, pebeteros y alegres frisos. El Renacimiento de Italia nos trae sus nuevas formas. Y éstas se mezclan con las labo-



Fachada de la "Casa de las Muertes"

res moriscas, que inspiran un carácter típico al arte nacional.

Fernán Alvarez Abarca, médico de Isabel la Católica, regidor de Salamanca y catedrático de la Universidad, funda su casa *de los Abarcas Maldonados*, y que el vulgo llama *de Fray Luis de León* porque el convento del poeta agustiniano se encontraba allí cerca. Aquel doctor de la Reina debió de faltar mucho de su casa y de su cátedra; seguía á la Corte, sin duda en cumplimiento del cargo que desempeñaba en ella, y de la Corte venían, lo mismo que suele suceder ahora, continuas comunicaciones que hoy se guardan en los archivos, y que muestran el celo universitario ante tales ausencias. Su hija doña Ana de Abarca casó con Francisco Maldonado, el comunero degollado en Villalar. Otro Maldonado, el doctor Talavera, también regidor de Salamanca y catedrático de su Universidad, canceller de la Orden y Caballería de Santiago, reedificó la *Casa de las Conchas*, dejando en sus piedras tal emblema de su título santiaguista, que ha dado lugar á populares leyendas.

Notables son los colores ornamentales de esta casa, su portada, las ventanas con variados alféizares y arquerías, las preciosas rejas, el patio y los artesonados, no ha mucho descubiertos.

Tenemos otras casas *de los Maldonados*, *de los Solís*, *de los Rodríguez de la Banda* y *de los Varillas*, de tantos y tan ilustres apellidos de Salamanca... En casi todas ellas, tras la portada de dovelas enormes, está el zaguán *enchinarrado*, á veces con huesos de animales, lo mismo que el patio que viene después, sin que la entrada de éste se encuentre nunca en el centro, á la manera clásica. En los zaguanes amplios hay poyos que facilitan el cabalgar; esta tradición de la caballería, tan arraigada en Salamanca, da lugar á atrios cercados, algunos tan extensos

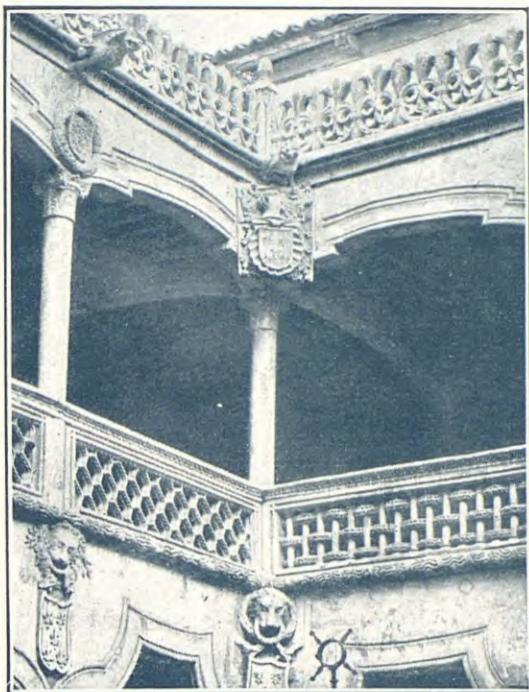
en la casa llamada *del Corralón*, donde muy bien pudiera organizarse una mesnada. En aquellos patios, con su pozo bajo arco de hierro, del que pende una polea, se ostentan los escudos de armas. Alrededor, en la planta baja, el tinajero, las paneras, las cuabras. Se asciende por una escalera hasta la galería superior, en la que los dueños pasearían graves, tomando el sol ó leyendo á Petrarca.

ooo

A la etiqueta tenemos que conceder, dentro y fuera de las casas que describimos, la gran importancia que en la vida de toda Europa en aquellos siglos, pero de un modo progresivamente agudizado en la de España y en la salmantina alcanzaban tales puntillos de honra, que venían á constituir entonces algo así como lo que ahora se llama el *problema social*. De Salamanca pudiera referirse cómo el corregidor y los regidores se retiran del Sínodo de 1570, por no dárseles el asiento debido, lo que motiva una admirable disposición para la colocación de las sillas y los taburetes en los Sínodos posteriores. O las enérgicas resoluciones del Cabildo y las respuestas de la Universidad, sobre si ésta había de estar de pie ó «sentada de rodillas», y cuánto tiempo en esta ambigua postura, al paso de la procesión del Corpus por delante de su puerta. Lo mismo las especiales fórmulas, todavía subsistentes de saludos, de felicitaciones, de pésames y de *recados* para la familia.

Pero acaso la nota más significativa, vértice histórico de las susceptibilidades académicas y eclesiásticas, que se daban en medio de la hermandad entre ambas corporaciones, todavía subsistente, es la que he leído en una de las Actas del Archivo Catedral, donde se consigna en la que corresponde al Cabildo Extraordinario de 8 de Octubre de 1715, dedicado exclusivamente al lance que allí se titula «Sobre la pared».

Reproducese en el acta dicha la indignada narración que hace el señor deán al Cabildo, de cómo regresando de noche á su domicilio por una de las callejas que hay detrás de la catedral, y arrimado como iba al abrigo de las paredes de las casas, se encontró con que, en direc-



Patio de la "Casa de las Conchas"

ción opuesta, y pegado á la pared misma que él, asomaba otro hombre. Hubo en el primer momento, entre ambos, invitaciones corteses para el paso por el sitio preferido; pero cuando cada uno de ellos vió que el otro lo aceptaba, hicieron ambos firmes, con la mano apoyada sobre el muro, y entonces el desconocido quiso hacer saber la razón de su derecho, diciendo: «¡Téngase, que soy el rector de mi Colegio de San Bartolomé!»; á lo que, quien el suceso nos refiere, contestó: «¡Téngase, que soy el deán de mi Santa Iglesia!»

Y en tal posición, que ambos creían legítima,

permanecían..., mientras los transeúntes y los vecinos, intranquilizados por las voces de todos, discutirían el caso...; hasta que alguien fué á buscar al señor penitenciario y vicario general, que podría actuar muy bien de árbitro, por ser, al mismo tiempo, vicescanciller de la Universidad. Llegado el cual, y luego que consideró lo difícil del asunto..., obrando «prudencial y providencialmente», como el señor deán en su relación, con justicia, ensalza, lo resolvió... disponiendo que cada uno de los contendientes se volviese por su lado, como, sin duda, ambos lo harían, sin tener que separarse de la pared.

ooo

La construcción de casas en los siglos xvii y xviii pierde notoriamente en Salamanca intensidad y valor. Algunas encontramos y se distinguen por su decoración más restringida, la división en pisos (que en pocas casas del xvi se muestra al exterior) por medio de impostas más anchas, los balcones de enormes ménsulas, formadas hasta por ocho ó diez gruesas molduras en degradación y rematadas á veces por abajo con motivos de colgantes y borlas. En los balcones de hierro son éstos muy expresivos, y, sobre todo, los que sustentan todo el voladizo en función de palomillas, las que se ven también á la altura del tejado, donde sirven de apoyo á gárgolas en forma de tubos, del mismo material.

Durante el siglo xviii, también por Salamanca se difunden las casas que habían de habitar varios vecinos. En las fachadas, cada vez menos cerradas en su parte inferior, se abren, á los lados del amplio portal, huecos para tiendas. Estaba ya terminada la espléndida Plaza Mayor, con sus casas de pisos, ocupando el entresuelo y el bajo los comerciantes, mientras todos los salmantinos se pasean por los pórticos.

Salamanca ha entrado así en una nueva era, de la que dicen que las vueltas por la plaza constituyen la principal característica. Yo creo que en aquella plaza grandiosa, sobre cuyos arcos se ostentan bustos de monarcas y de héroes, cabe el alma entera de una nación y de una raza.

ANGEL DE APRÁIZ



Galería románica de una casa salmantina

## CONTRASTES



La terraza y el sótano de los *Casinos* elegantes representan el cielo y el infierno, separados por el purgatorio, ó sea los salones reservados exclusivamente á los señores socios. La azotea es asequible á las damas, y la cueva á las morganáticas. En la zona intermedia resulta inútil buscar nada más que tertulias varoniles, entre el humazo, bostezos y diálogos que hacen pensar en el fabulista Esopo... Pero si os confiáis á esa especie de proyectil que es un ascensor, en seguida juraríais hallaros en un galante trozo de Francia, en un *restaurant* de moda, donde se instalasen mesitas íntimas entre las cubas con evónibus y hortensias, al arrullo de un sexteto que se desvanece con la música de *Manon*... Y allí hay como una pajarera, como una rosaeda de mujeres, transfiguradas, inmaterializadas por la lividez de los voltaicos, los plenilunios artificio-

les... Del mismo modo, si aterrados ó aburridos de la densidad hombruna en las salas que llamaríamos protocolarias, descendéis al subterráneo, ya antes de llegar acuden á recibirnos unas carcajadas femeninas y la algarabía loquesca de las canciones de *music-hall*... Y luego encontraréis en un diván una montañuela de sombreros parisien-ses, y no falta una de las destocadas diablas que se llegue á ofrecer os una copa de champagne, y des-ubris á un *gentleman* que procura conservar su gravedad en el piano, y más allá dos peripatéticas ya maduras que se envejecen todavía más al pretender aniñarse con las faldas á la rodilla, conversan con un fofo y destenido mundano, apoyados los tres en el mostrador del *bar*, y en un escepticismo irremediable, frente á la rigidez de un criado que, por enterarse de demasiadas cosas, ha de fingir que no ve ni

oye nada... La indiscreción torzosa tornándose en discreción productiva.

Terraza y sótano, infierno y paraíso, á elegir, señores del purgatorio. No se consiente la mezcla, á pesar de que las damas de arriba suspiran por curiosear en el refugio de las morganáticas, y viceversa. ¿Qué hacer? Para algo hay una ruleta en los *Casinos* elegantes. Juguemos á negro ó encarnado. Ya se sabe... El jugador perdidoso vuela hacia la terraza, con su mujercita... Y el que gana se desliza hasta el sótano, donde se puede echar una cana al aire... Y en ocasiones, apenas asoma un *monsieur* en la cueva, sale disparado otro á las alturas, y también se da el caso contrario...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE ENO

**DIBUJOS AL PASTEL**



MIRENTXU, por Victorio Macho



NUESTRAS VISITAS  
**MARÍA GÁMEZ**



María Gámez remando en el estanque del Retiro

El sereno nos abrió la puerta de la calle y, auxiliados por la oscilante luz del cerillo, avanzamos por la estrecha y desvencijada escalera de peldaños carcomidos y de olor á pringue de cocina, Felipe Sassone y yo. María nos aguardaba en el umbral del piso entresuelo.

—Si tardan ustedes un poquito más no les recibo— exclamó al vernos aparecer.

—¿Por qué, María?— preguntó Sassone.

—Porque en este momento me iba á acostar, Sassone... ¡Vaya una puntualidad!...

Consultamos el reloj. Eran las once y media. La cita era á las diez. No se podía negar que la amiga artista llevaba razón. Felipe se excusó contando con pintoresca gracia las incidencias que habían tenido la culpa de nuestro maldito retraso. Yo, por toda disculpa, besé la mano blanquísima, suave, gordezuela y cálida de la actriz.

Pasamos al comedor. Un comedorcito de muñecas, muy bajo de techo, con un aparador y un trincherero diminutos, todo muy mono y con deliciosa coquetería arreglado.

Mientras que Felipe curioseaba las porcelanas de Talavera, María y yo nos miramos un momento á los ojos. Los de María son grandes y color caoba. El lápiz negro, diestramente administrado, los agranda todavía más y les da interés.

—¿Se pinta usted los ojos, María?

—Las pestañas, sólo las pestañas y las cejas. El lápiz es *mi categoría*, como yo le llamo. Sin

las cejas ni las pestañas pintadas no tengo categoría; son muy claras y parezco una pepona.

—¿Estaba usted durmiendo?— inquirí al advertir que esquivaba la luz.

—No.

Y como viera nuestro gesto de incredulidad, prosiguió:

—De verdad. Estaba leyendo la novela de D. Benito, *El amigo Manso*. En la adaptación que vamos á estrenar en el Odeón, de Acebal, he escogido yo el papel de carnicera, y quiero estudiar en la novela el carácter del personaje.

—Es un tipo muy pintoresco.

—¡Oh! Muy gracioso... Pasemos á esta otra habitación y estaremos más cómodos.

El cuartito era un *fumoir* delicioso, incomunicado con el comedor por medio de un portier. Nada; lo necesario para soñar un poco: Un diván turco rociado de cojines, un piano, unas panzudas butaquitas, algunos paños egipcios y árabes adornando las paredes y aroma de opio y jazmines.

—Qué bien se debe estar aquí... hundido en ese diván, fumando una pipa de opio, viéndola á usted y oyéndola tocar la *Patética* de Beethoven, por ejemplo.

—¿Cree usted?...— preguntó ella con incitante monería.

—Estoy casi seguro, María. ¿Le gusta á usted la música?

—¡Oh! Muchísimo— murmuró muy despacio y con deleite—. Para mí constituye una necesidad.

—¿Más que su arte?

—No; eso no. Mi arte sobre todas las cosas.

—¿Le gustaría á usted haber sido una cantante de ópera?

—¿En vez de comedianta?

—Sí.

—No, no— rechazó rápida—. Estoy muy á gusto con mi profesión. No la cambiaría por nada.

Felipe tecleaba indiferente en el piano. María se dejó caer en una de las butaquitas, y yo, á su lado, en el diván.

Dicen por ahí que María Gámez es una mujer peligrosa para los hombres; que los coge por el corazón y que los fascina con sus pupilas oscuras. No sé; tal vez sea verdad. A mí me parece una chiquilla engreída, vanidosa y dulcemente interesante; una belleza blanca y carnal, como la María Gracia de Rubens; una holandesa. Mi espíritu cree mucho más peligrosas las mujeres de Romero de Torres que las de Rubens.

María vestía una bata de crepón de seda color *burdeos*; de sus orejitas pendían unas piedras verdes que contrastaban admirablemente con el blanco azulado de su piel.

Sacamos nuestra pitillera y le ofrecimos un egipcio. Lo rechazó dulcemente:

—Gracias; no fumo. Soy tan cursi como todo eso.

—¿No es usted americana?

—No; quíá. Soy española. Nacida en Cádiz.

La voz de María es dulce, y la pronunciación finamente andaluza. Para su lengua no existen

la ce ni la ceda: todo lo adereza graciosamente con la ese. Continuó:

—Ya lo he contado infinitas veces. Mi madre era actriz cómica. Además, una actriz cómica estupenda: Micaela Calle. A los doce años debuté con Espantaleón aquí en Madrid, en el Teatro Alhambra, ese que después se llamó Moderno.

—¿En qué obra?

—En *El patio*. Hacía esa niña que se pelea tanto con el novio.

—¿Y gustó usted?

—No; ni gusté ni no gusté; como era muy pequeña, y muy sosita, nadie me hizo caso, y, en vista de eso, me fui á Buenos Aires.

—¿Sola?

—No, hombre, con mi madre. Fui contratada al Teatro Victoria por seis meses.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que, los primeros tres, como seguía siendo flaquita y sosita, tampoco allí me hacía caso nadie. Recuerdo que el empresario, que era catalán, me decía, con una compasión que jamás podré olvidar: «Oh, Mariquita: no es posible; una muchacha que no pesa más que cuarenta kilos no va á ninguna parte. Hay que engordar primero.»

—¿Y engordó usted?

—No, señor; triunfé delgada. Por aquellos días vino la *Neña*, de Oliver; acerté en la interpretación, y tomé categoría. Entonces, tenía diez y seis años, me contrató Tallaví de damita joven, y á los diez y ocho era primera actriz de su compañía.

—¿Estaba usted soltera?

—No, señor. A los diez y siete años me casé.

—¿Y cómo tan joven?

—Se conoce que tenía prisa. Qué sé yo. El caso es que el día primero de Enero conocía á mi marido, y el día ocho me casaba con él.

—Entonces, no fué por amor.

—No, señor. Fué por libertarme.

—Puedes poner también—intervino Sassone, dirigiéndose á mí—que el mismo día que se casó le hizo el amor el padrino de boda.

Acogí lo dicho como una broma; pero al ver que María asintió, la miré sorprendido.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad—afirmó sonriendo—; como lo oye usted. Mientras que mi marido firmaba en la sacristía, el padrino me enamoraba, diciéndome: «Pero, mujer, con qué porquería se ha casado usted. Ese mamarracho no va á ninguna parte. El hombre que la hará á usted feliz soy yo; yo, que estoy loco por usted.»

—¿Y usted qué contestó á eso?

—Figúrese. Ya le he dicho que apenas tenía diez y siete años. Al pronto me asqué un poco; pero luego, aquel hombre audaz y cínico llegó á interesarme de tal manera, que después fué el amor de mi vida.

Callamos. María, para recordar; yo, para meditar un momento sobre la complicada psicología de algunas mujeres.

—¿Y su marido?—la pregunté.

—No llegó á interesarme nada. No quiso, ni pudo, ni supo. A los cinco años de casada me separé de él. Nuestro matrimonio había resultado una lamentable equivocación.

—Claro—comentó Felipe—, por falta de ensayos.

—¿Qué ensayos? Si ni siquiera tuvimos tiempo para repartir papeles...

Reímos, y yo, al mismo tiempo, recordé algo que había leído ú oído respecto al corazón de María, y...

—Dicen que es usted una mujer cruel.

—¡Oh!—protestó ella—. Eso lo dicen á propósito de que no me enamoré todos los días. Y los que dicen esto no saben que yo, como le confieso á usted, tuve una gran pasión que dejó mi alma estéril para otro amor; rendida de amar; inmune para otra pasión. Pero esto no lo diga usted.

—Descuide, María—prometí muy formal.

—Además: después de aquel hombre, no encontré ninguno que se haya preocupado de hacerme olvidar. Y, claro, soy un muerto que camina...

—Dígame, María: ¿cuál es su obra preferida?

—Siendo comedia, cualquiera.

—Una, sobre todas.

—No sé. Dicen que en *La chocolaterita* estoy mejor.

—¿Y á usted le gusta?

—¡Oh! ¿No le digo? Me gusta la comedia del corte de *El adversario*.

—Usted, cuando se halla en escena, ¿está siempre en situación? Es decir: ¿ríe usted, llora y se apasiona sinceramente?

—Yo entro en situación si el público entra en la obra. Entonces paso por todas las emociones del papel. Yo entiendo que el artista debe ser así: sincero y honrado; no puedo soportar los cómicos de receta... á lo Amalita Isaura, por ejemplo.

—¿Cuál es la aspiración suprema que acaricia usted?

—Ser una gran actriz.

—Cuando yo vengo á visitarla es porque ya lo es usted. Otra aspiración.

Rió y agregó:

—Pues, entonces, no dejar nunca de serlo.

—¿Tenemos dinero?

—No tenemos una peseta. Vivimos al segundo. Y muy contenta de no tenerle. ¡Oh, el dinero! ¿Para qué lo quiero? En cambio tenemos salud y muy buen humor. ¿Qué hay de eso?

—Nada—respondí—. Que la felicito á usted.

—¿Le gustan á usted los toros?

—No, señor; me repugnan. Tengo un corazón muy sensible y muy noble.

—¿Cuál es su mejor amigo?

—¡Oh!, vaya una pregunta. No tengo el mejor: tengo muchos. Yo, entre los hombres, me hallo muy bien. Soy un camarada más: el amigo primero, señora Gámez.

—¿Entonces lamentará usted haber nacido mujer?

—Nada de eso, puesto que no me cambiaría jamás por un hombre. No crean ustedes, que tiene muchos encantos el ser mujer.

—¿Cuál es la actriz que más le gusta?

—María Guerrero.

—¿Y actor?

Titubeó un momento. Yo la animé:

—Vamos, mujer, sea usted valiente.

—Pues ninguno.

—A Tallaví, ¿le quería usted mucho?

—¡Muchísimo!—murmuró tristemente—. Ayer estuve en el cementerio á dejarle unas flores, y pasé muy mal rato. Siempre, cuando empiezo una temporada ó emprendo una *tournee*, tengo costumbre de ir á llevarle unas rosas. ¡Pobre Tallaví!

Los ojos de María se habían humedecido. Para desvanecer su tristeza, la pregunté:

—Vamos á ver, María: ¿qué le gusta á usted más de su cuerpo y de su cara?

—Las manos me parece que es lo mejorcito que hay en casa.

—Pero no le sirven para nada—terció Sassone—, porque tú quisieras meterlas dentro del pecho de los hombres y estrujarles el corazón.

—No, hijo, nada de eso. Sirven para acariciar y para rezar. Ya es bastante.

—¿En qué teatro le gusta más trabajar?

—Pues, mire usted, en el que estoy: en el Odeón de Madrid.



María Gámez en el monumento á Alfonso XII, del Retiro

F. J. CAMPUS

EL CABALLERO AUDAZ

EL MADRIGAL DE LOS OJOS NEGROS



BARTOLOZZI

El fuego de tus miradas  
ha rimado el madrigal  
de sus rojas llamaradas  
con la punta de un puñal.

Empieza sabiendo á mieles  
porque antes de ser cruel  
se columpió entre claveles  
y tú jugaste con él;  
pero acaba lastimero  
como un grito de agonía  
porque se hizo prisionero  
del brillo encendido y fiero  
que en tus miradas ardía.

Y es un grito  
que la alta noche desgarró  
con el dolor infinito  
que nace de una guitarra.

ooo

Primero trova de amores  
y luego doliente queja,  
ha colgado sus primores  
en el trono de tu reja.  
Y de sus hierros prendido,

entre las flores oscila  
como un trágico alarido,  
con los flecos confundido  
de tu mantón de Manila.

Las luces de tu mirada  
lo escribieron  
con su llamear de espada,  
en la reja lo prendieron  
y tus galanes lo vieron  
á la primera alborada.

Con ritmo de cantilena  
cantan sus versos gitanos  
á tu cara de morena  
y á tus ojos africanos.  
¡Traidores ojos de maja  
que vibraron de pasión,  
para abrir una navaja  
y partir un corazón!

ooo

Sangre joven y encendida  
tiene tu ventana mora  
de claveles guarnecida,  
sangre joven de la herida

que abrió la hoja brilladora.  
Entre los vivos rosales  
luce una flor escarlata...

La luna entre sus raudales,  
cuando roza tus cristales  
le envía un beso de plata.

Roja como un corazón,  
es una flor de pasión  
que ha encendido sus colores  
en los trágicos fulgores  
de tus ojos de traición.

De tus ojos, cuyo brillo  
de tragedia, hechiza y mata  
como el hierro de un cuchillo  
al son de una serenata.

¡De esas pupilas de mora  
que acechan á los que gimen  
por su luz abrasadora,  
para empujarlos al crimen!

ooo

Nazarita,  
por tus ojos favorita  
de los reyes de la Alhambra,

tu ventana está maldita  
desde una noche de zambra.  
Y en sus tiestos de claveles  
florecidos,

hay blasfemias y gemidos,  
rumor de coplas crueles,  
versos de sangre teñidos.

Por tus ojos de morena  
un corazón se desgarró  
al peso de una cadena,  
y ensaya una cantilena  
al compás de una guitarra.

Es una canción bravia  
de celos y de pasión,  
que hasta tu ventana envía  
con un beso el corazón.

El fuego de tus miradas  
ha rimado el madrigal  
de sus rojas llamaradas  
con la punta de un puñal.

JOSÉ MONTERO

DIBUJO DE BARTOLOZZI

LA ESFERA

# TIPOS VALENCIANOS



EL HUERTANO, cuadro de José Benlliure

ARTISTAS CONTEMPORANEOS  
**JOSE BENLLIURE**



"La misa negra", cuadro de José Benlliure

José Benlliure, como Villegas, como Domingo, como Pradilla, como el nunca bastante llorado Ignacio Pinazo, es un artista que las nuevas generaciones desconocen. Su voluntario alejamiento de las exposiciones y certámenes de toda índole en estos quince últimos años, iba tendiendo sobre él una sombra de olvido. Incluso la aureola cada vez más luminosa, el prestigio cada vez más alto de su hermano Mariano, contribuía á dejar en más hondura de segundo término su obra.

Por último, empezaba á inclinarse otro José Benlliure con unos bríos de modernidad y luminosa audacia muy preñados de aventuroso porvenir. Era su hijo y acentuaba entonces más el padre el obstinado propósito de ocultamiento, de inadvertencia ajera para que sólo se destacara la figura del mozo que recogía en su juventud todo el nombre glorioso de una dinastía de artistas.

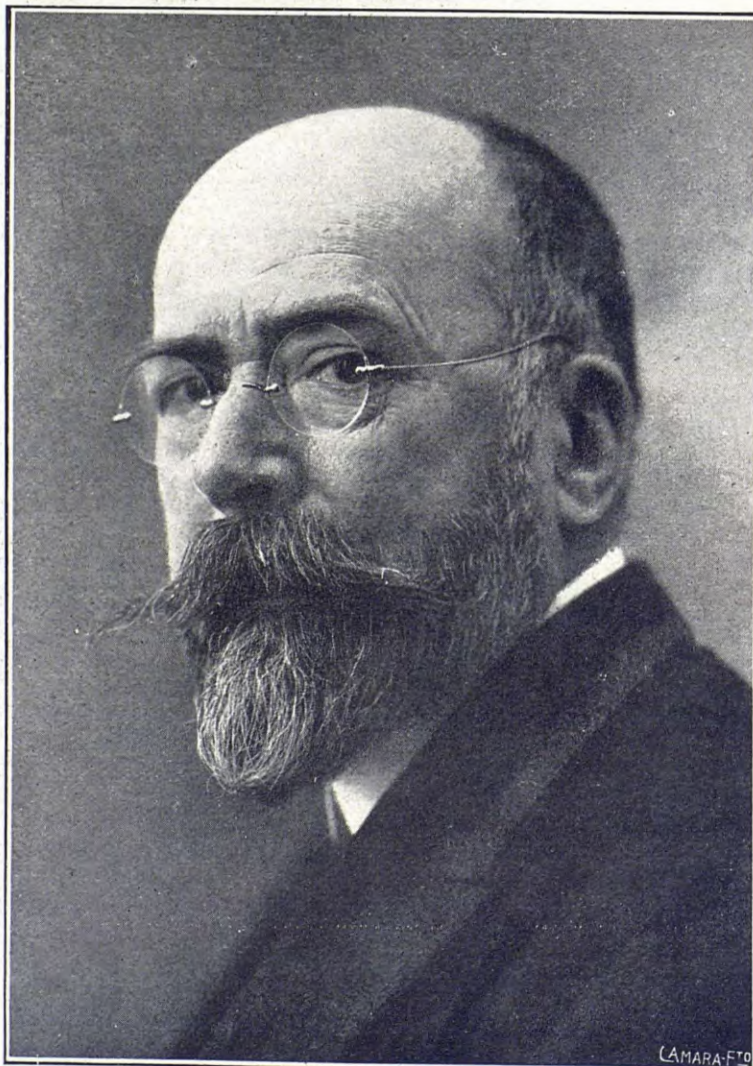
Desgraciadamente, la muerte se llevó demasiado pronto á José Benlliure Ortiz. En estas mismas páginas puso hace poco la pluma de un distinguido pintor valenciano, toda su buena voluntad en evocar la figura del joven artista á quien él había conocido de niño.

Antes tuvimos ocasión de adivinar en Benlliure Ortiz unas condiciones positivas de pintor, con motivo de su cuadro *Salida de misa mayor*, que figuró y fué premiado en la Nacional de 1915.

Hablemos hoy del padre, de este José Benlliure Gil, hermano mayor del escultor Mariano y del pintor Juan Antonio, que fué, además, su maestro y su iniciador en los primeros años de vida artística.

ooo

José Benlliure Gil nació en Valencia el año 1855, y desde muy niño



P. JOSÉ BENLLIURE

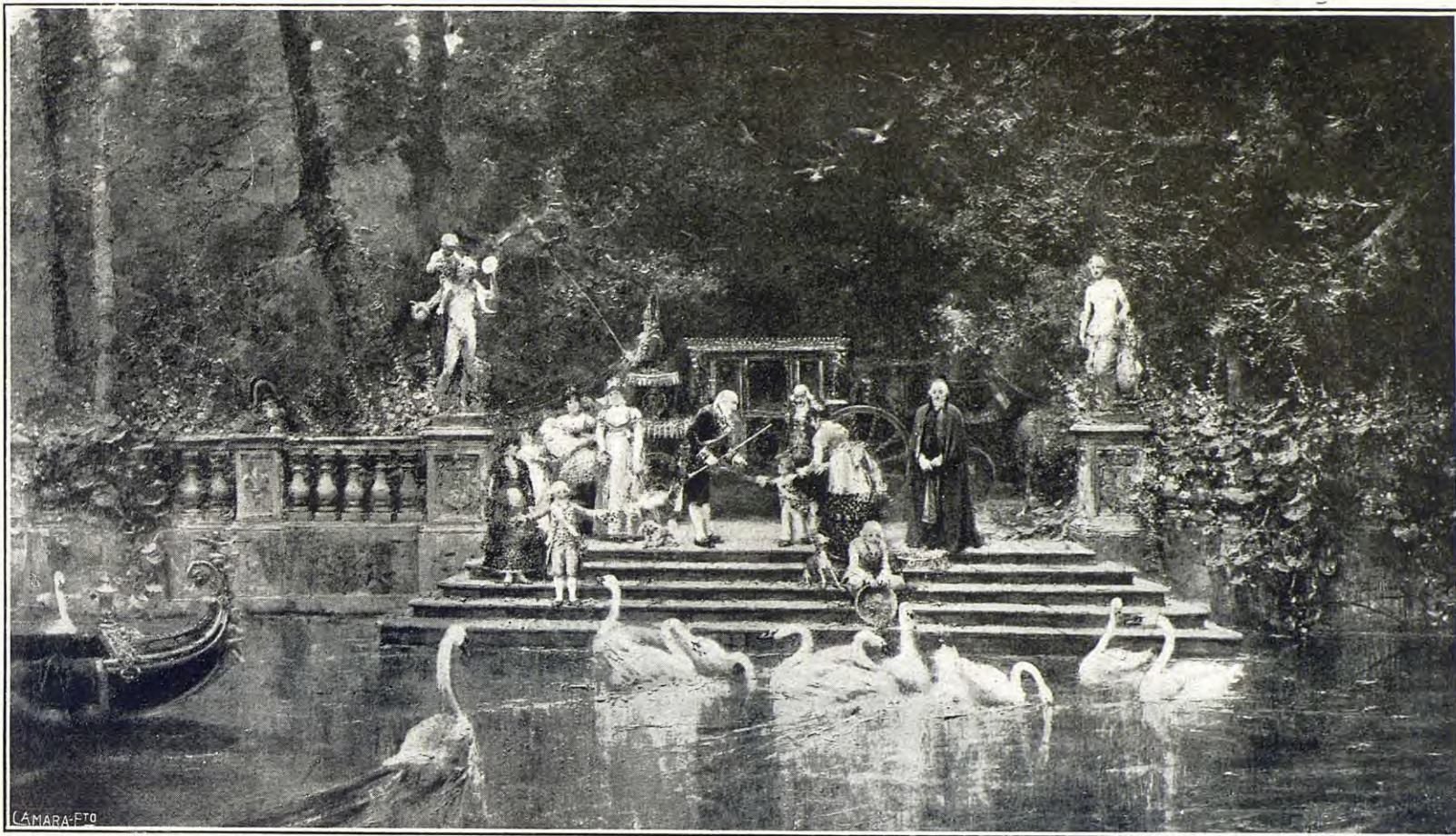
mostró su inclinación y condiciones. A los diez años ya pintaba tablitas y acuarelas que vendía á bajo precio entre sus convecinos, y que lograron llamar la atención de Domingo Marqués, en cuyo estudio ingresó Benlliure á los doce años.

A los diez y siete hizo oposiciones á la plaza de pensionado en Roma por la Diputación de Valencia, y aunque no le fué otorgada, consiguió que su cuadro *Presentación de los agermanados valencianos al cardenal Adriano* llamara la atención hasta el punto de ser adquirido por la Sociedad Valenciana de Amigos del País y que la Diputación le costeara un viaje de estudio por el Extranjero.

Luego de este viaje y de la estancia de algunos años en Madrid, en compañía de sus hermanos Mariano y Juan Antonio, José Benlliure fija su residencia en Roma el año 1879. Apenas salido de la mocedad, sin haber cumplido siquiera veinticinco años, logra hacer un contrato envidiable con el marchante Colnaghi, por valor de muchos miles de francos. Son los buenos tiempos de venta de la pintura española. Primero Fortuny, luego Pradilla y Villegas, habían hecho amar al público italiano aquellos cuadros de pequeñas dimensiones pero brillantes de colorido, nerviosos de composición, donde nuestras típicas costumbres y nuestro cielo incomparable quedaban reflejados. Fué, por tanto, con Agrasot, el iniciador del valencianismo pictórico, el evocador de fiestas é indumentos arcaicos y tradicionales, plenos de belleza y colorido.

Este amor á su tierra no se ha extinguido en José Benlliure. En toda su dilatada obra abundan los lienzos de tipos y costumbres valencianos.

Alternó, sin embargo, con obras de diferente género y, desde luego, con las de la pintura de historia en cua-



"Muy siglo XVIII", cuadro de José Benlliure, que se conserva en la pinacoteca de Magdeburg (Alemania)

dros de enormes proporciones como obligado tributo á su época. Así, por ejemplo, *La visión del Coloseo*, que figuró sucesivamente en las Exposiciones Nacional de Madrid el año 1887 y Universal de París el año 1889 y que se conserva en el Museo Provincial de Valencia.

Poseedor de varias recompensas y condecoraciones, José Benlliure ha sido también director de la Academia Española de Bellas Artes de Roma, después de Pradilla y Villegas y antes del actual director, Eduardo Chicharro. Durante el periodo de su dirección se formaron allí artistas tan ilustres como el ya mencionado Chicharro y sus compañeros de pensión Alvarez Sotomayor, Llorens y Benedito.

Prescindiendo de la pintura valencianista y de la pintura histórica, el arte de José Benlliure se lo reparten por igual la fantasía y el realismo.

Recuerdo como pertenecientes al género de aquellos animados por el hábito de lo sobrenatural, *Aquelarre* y *Misa negra*, que contemplé muchas veces fielmente reproducidos en las tricromías de Layana.

En estas escenas de brujas, diablos, vestiglos y conjuros á la luz lívida y maléfica de hogueras sabáticas, blanquea siempre el cuerpo gentil de una muchacha desnuda. Sus carnes parecen sonreír al destacarse de las corpóreas sombras y las fantasmales vaguedades.

Por lo que se refiere á la otra agrupación de

óbras, las verdaderamente realistas, responden al concepto que se tenía de la pintura española á fines del siglo XIX, un poco fortunysta y un poco italiano (romano más bien).

A ella pertenecen, entre otros cuadros, los titulados *El descanso en la marcha*, *Mayo en Valencia*, *Orgia en un baile de máscaras*, *Un balcón de Roma durante las fiestas de Carnaval*, *Entre prenderos*, *¡Que viene un alma!*, *Entre gitanos*, *El espía*, *Audacias amorosas*, *Lectura interesante* y *Vino nuevo en odres viejos*, reproducido á todo color en este número, y el cual acusa de notable modo las condiciones pictóricas de José Benlliure Gil.

SILVIO LAGO



"El anticuario", cuadro pintado por José Benlliure en 1883

# PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA

## EL SIGLO XVIII

*Perfumado y galante  
revive hoy en las delicadas  
creaciones*

FLORES DEL CAMPO DE LA PERFUMERIA FLORALIA

JABON  
Colonia  
Polvos  
de Arroz



Extracto  
Loción  
Brillantina  
Ron Quina

